

—Pues sigan buscando, inquiriendo. Comprenda: me sigo acordando de ella. Lleven sombrero y vayan bien afeitados; es importante.

El hombrecillo bonachón parece que hoy lo es menos; pero, se oye muy poco lo que dice. Yo continuó:

—La ocasión no se presenta muchas veces en la vida. Había en ella algo que inquietaba; tenía interés. ¡Y qué piernas, señor director! Me ofreció las cejillas; seguramente fumaba. De que era inteligente, no tengo dudas; al menos, le gustaban los libros de poesía. ¡Si hubiera sabido que yo...!

Cada vez se oye menos lo que dice el director.

—¡Señor director, señor director! Sería un buen golpe. De no haberse cruzado aquel entrometido, otra cosa sería. Pero, ¿qué le importaría a él que a mí me llamaran la atención? ¿Es que no tengo un duro para pagar la multa? No lo pensé bien; debí soltarle cuatro frescas; se lo merecía...

Se ha cortado la comunicación; vamos, no creo que hayan colgado.

I I I

Cuando tengo que coger el teléfono me pongo nervioso. A lo mejor, hoy han descubierto ya... ¡Qué torpel Casi marco un cinco, en vez de un seis.

—Señor director: no puedo vivir sin ella. Sí, no tengo remedio. Usted comprenderá. Deben seguir buscando: puede haberle pasado algo, se puede haber ido de viaje; llevaba un saco y un libro de poemas. ¡Piénselo bien, recuerde que estoy inscrito! Necesito que...

O la Telefónica funciona mal desde que la cogió el Estado o el director está hoy de peor humor.

—Tiene que haber un medio, señor director. ¡Si usted hubiese visto qué piernas...! Me sonrió y todo. Comprenderá; tengo 30 años todavía... Si no hubiera sido por aquel caballero... ¿No cree usted que yo debí haber faltado a la cita del amigo? Para ver a un amigo siempre habría tenido tiempo, en tanto que...

No sé lo que pasa en este teléfono.

—¡Oiga, oiga, señor director! Si mañana a estas horas no han logrado encontrarla...

I V

Nada; no la he vuelto a ver.

Gabino-Alejandro CARRIEDO.